

UNAMUNO SOCIALISTA

En su carta aparecida en "MARCHA", el amigo profesor Hugo Rodríguez Urruty, buen especialista de la presencia de Unamuno en la cultura uruguaya, nos propone de paso —pero muy expresamente— estudiar al Unamuno Socialista.

* "¿Unamuno socialista? Veamos", decía en 1948 el argentino

Dardo Cúneo en el que creemos primero, y hasta ahora único trabajo sobre el tema, publicado en Cuadernos Americanos (Nº 3). Aunque su título fuera el prudencialmente neutro de "Unamuno y el socialismo", mostraba bien, ya, las definiciones socialistas de Unamuno, de distinta entonación según las épocas, desde su mocedad bilbaina hasta los últimos tiempos de la República.

Corresponde ante todo remitirse a él, y así lo hacemos. Pero no sin separar y destacar por nuestra cuenta, con aporte de algunos otros elementos —y fuera de todo propósito de hacer aquí el detenido estudio que el asunto merece— dos aspectos muy diferentes entre sí, acaso, pero relacionados ambos con actuales situaciones políticas y universitarias de Europa y América. Los vamos a llamar: el socialismo de Unamuno y su sentimiento religioso; el socialismo de Unamuno y su rectorado de la Universidad de Salamanca.

— I —

Las peripecias de la conciencia socialista de Unamuno acompañan muy de cerca las de su conciencia religiosa. A mediados de la década del 80, pasados sus veinte años, sufre la crisis de la fe que lo conduce del catolicismo tradicional al agnosticismo, dominado por el positivismo evolucionista de Spencer. Ni más ni menos, el caso de tantos jóvenes de la Universidad montevideana, en la misma década, cuando culmina aquí dicha corriente de ideas bajo la égida de Vázquez Acevedo. Pero en Unamuno, vuelto de Madrid a su Bilbao natal, entonces en inquieta expansión fabril y obrera, el agnosticismo filosófico-religioso se dobla en socialismo científico. De Spencer a Marx. Y fundará y redactará con otros, *La Lucha de Clases*, órgano marxista.

Hacia 1897, ya profesor en Salamanca desde 1892, se produce su segunda gran crisis religiosa, de signo opuesto a la anterior. Ella lo reconduce, si no al catolicismo originario, al que, en rigor, nunca más volvería, a ese su sabido cristianismo agónico que iba a pasar por tantas fases dentro de su dramatismo esencial. De Bilbao a Salamanca, del industrial puerto cantábrico a la mística meseta castellana: su socialismo sentirá el impacto de aquella conmoción geo-socio-religiosa. Pero, en su propio entender, por adición antes que por resta, y mucho menos negación. Bien estaba la interpretación económica de la historia, pero sólo como interpretación parcial, necesitada a igual título, de la religiosa. Lo económico y lo religioso serán en adelante para él —lo dirá entonces y lo repetirá ocasionalmente hasta el final— los dos grandes factores explicativos de la historia. El primero lo mantendrá (teóricamente), ligado al socialismo; el segundo lo aferrará (vitalmente), al cristianismo. Creyó conciliarlos; no lo logró, y en ello, sin duda, debe verse la clave de lo que iba a ser el espiritualmente trágico desenlace de su existencia.

En el mismo año 1897 escribía en carta íntima a su amigo Juan Arzadum: *Me siento más socialista que antes y en la misma manera en que antes lo era... El socialismo corriente, marxista, sólo peca en aquello de que se inhibe... Lo malo del socialismo es que se da como doctrina única y olvida que tras el problema de la vida viene el problema de la muerte... El socialismo tiene fuerza porque ha sustituido a vaguedades, tangibilidades, pero su debilidad está en hacer del factor económico el únicamente primordial, en desconocer que hay dos goznes en la historia humana: lo económico y lo religioso.*

En la misma carta, un pasaje doblemente profético, de la creciente extensión del marxismo y del futuro ingreso de los católicos en el socialismo, como está aconteciendo hoy con los sectores radicales de la llamada en Europa y América (con término que él analizó y ridiculizó en su hora), "democracia cristiana". Dice: *Pero así como se va extendiendo el darwinismo, se irá extendiendo el socialismo económico científico, el que prediqué desde La Lucha de Clases, la doctrina que arrancando de la luminosísima y profunda crítica de Marx, procura preparar la inevitable socialización de los medios de producción. Sobre el llamado socialismo católico tienes traducida en castellano la obra de Nitzi El socialismo católico. Por supuesto, todavía los católicos no han entrado en el socialismo pleno, en el que vendrá. Por otra parte, lo del socialismo católico me parece una simplificación, como decir química católica o matemáticas protestantes. Si te atrevieras con ella, la mejor obra para el socialismo es El Capital*

de Marx, la obra extensa, no el resumen, o el Análisis della propiedad capitalista de Achille Loria.

Mucho después, al final de su vida, en un artículo de 1932 contra la Svástica nazi, revalidaba en estos términos su ideal, más que de conciliación, de complementación entre marxismo y cristianismo:

Hay dos universalidades o catolicidades: la universalidad cristiana que reunió a todos los pueblos, sin distinción de razas, que formó la primera Internacional —y de proletarios, de esclavos, que tales eran los primitivos cristianos de las catacumbas de Roma— y la catolicidad socialista, la que en 1864 fundó la Internacional socialista al grito de "Proletarios de todos los países, unidos!". Y esto que Marx y Engels fundaron sobre fe y esperanza de aquenidad, terrenales, respondió a lo que Pablo de Tarso, más que otro cualquier cristiano, había fundado sobre fe y esperanza de allendidad, celestiales. Dos universalidades, dos catolicidades, que aunque fundadas en fe y esperanzas distintas, si bien no opuestas, en rigor no se excluyen. Y la caridad une los dos reinos. Como también se completan en rigor, la interpretación materialista y la interpretación religiosa de la historia.

— II —

PROFESOR de la Universidad de Salamanca desde 1892, Unamuno llegó al Rectorado en 1900, permaneciendo en él, con intermitencias —una de ellas muy larga— hasta 1936. Tres veces fue designado Rector y las tres veces destituido: designado y destituido por la Monarquía (1900-1914); designado y destituido por la República (1931-1936); designado y destituido por el gobierno de Burgos (1936). Motivos políticos determinaron las tres destituciones. De algún modo, el socialismo anduvo mezclado en ello.

En los años iniciales del siglo, en su primera época de Rector, Unamuno gustó por momentos dirigirse a los jóvenes como apóstol del socialismo. Escribe entonces cosas como éstas: *El que en su juventud no se siente socialista de corazón, es que no es de veras joven. Nació viejo, acaso por pesar sobre él la pesadumbre de generaciones desgraciadas. Heredó la vejez, nació cansado y la vida es para él un penoso trabajo. Hay que compadecerle.*

En 1914, por una intriga política en la que tuvo papel central el Ministro de Instrucción Pública, fue declarado cesante. Se produce una reacción nacional de la intelectualidad independiente. Ortega y Gasset, en momentos en que sus antagonismos doctrinarios con Unamuno llegaban a su punto más alto —en ese año publica sus *Meditaciones del Quijote* con pasajes de evidente réplica filosófica al desorbitado "donquijotismo" de *Del sentimiento trágico de la vida*, aparecido el año anterior— se apresura a escribirle ofreciéndole en la emergencia, con inmediata aceptación, su pluma y su mal genio. Unamuno es llamado a Madrid por sus amigos, y en el mes de noviembre pronuncia una famosa conferencia sobre *Lo que ha de ser un Rector en España*.

Sus definiciones son inequívocas. Creemos que es la primera vez que las declaraciones contenidas en el largo y hermoso fragmento que sigue, son puestas a contribución como mue tra del espíritu socialista de Unamuno en el ejercicio de su primer Rectorado:

He creído, y sigo creyendo, que una de las obligaciones morales, religiosas más bien, del Rector de una Universidad es empujar a ésta a que tome el aire de la calle y de los campos, y lleve al pueblo, sediento de verdad y de justicia, la voz del saber desinteresado y noble. Si la conciencia de la patria no se fragua en sus institutos de suprema investigación científica, ¿dónde va a fraguarse? Si el saber desinteresado, el que no se pliega vilmente a intereses de secta, de bandería o de clase social, no se encuentra en las Universidades, ¿dónde va a encontrarse? ¿Han de ser ellas, repito, sordidas fábricas de licenciados y más sordidos aún colegios electorales y no otra cosa?

¿No ha de educarse y formarse en ellas el carácter de las generaciones de las futuras clases dirigentes? ¿Han de pasar por ellas nuestros jóvenes, a la caza del título, sin recibir de sus maestros lecciones de dignidad y libertad de conciencia, de austera dedicación al estudio de la vida en la vida misma, y viviendo los gozes y las penas del pueblo? ¿Quién más que la Universidad está obligada, religiosamente obligada, a estudiar los males de la patria, metiendo para ello sus dedos en las llagas, y a emprender la educación política del pueblo? ¿Vamos a prescindir de ello, rindiéndonos a los solapados sofismas de los que, al hablar de la majestad y pureza de la ciencia, no hacen sino defender la servidumbre del espíritu a una tradición que nunca fue viva? Poneos en guar-



AUTORRETRATO DE UNAMUNO EN SUS TIEMPOS DE RECTOR SOCIALISTA

dia cuando oigáis hablar de neutralidad a ciertas gentes; quieren decir muy otra cosa.

Y me asocié, con queridos amigos y compañeros míos de claustró, que sentían como yo la responsabilidad moral de su oficio, a manifestaciones varias del llamado movimiento obrero, y unas veces fuimos a su casa, a la del pueblo, y otras vinieron ellos a la Universidad, y más de una vez ocupó la tribuna de su Paraninfo —¡oh profanación!— algún hijo del pueblo, obrero manual que ni bachiller en artes fuera. Y no era ello, ¡no!, una teatral extensión universitaria de doctrinas neutras, con proyecciones o sin ellas. Y por ello, últimamente las diversas sociedades obreras de Salamanca me han nombrado presidente honorario de ellas.

¿Cómo podía yo olvidar que mi verdadera carrera pública, social, la de apostolado, empezó de publicista socialista, de asiduo colaborador de La Lucha de Clases, de Bilbao, de que fui socio fundador? ¿Cómo podía olvidar que aunque distanciado de esa brava conciencia socialista del pueblo, por nuestras sendas maneras de encarar el final destino humano y el pavoroso problema de ultratumba —que para ellos no existe—, por lo que hace a la vida en esta santa madre Tierra, mis aspiraciones se funden con las suyas? ¡Pero es muy grave que un Rector sea socialista! ¡Si fuese beocio o filisteo...!

Notable es que Unamuno dijera tales cosas al año siguiente de *Del sentimiento trágico de la vida*, donde exalta la explotación del hombre por el hombre como fuente de la civilización y —siempre obsesionado por el tema cainita— proclama: *La guerra es escuela de fraternidad y lazo de amor... es, en su más estricto sentido, la santificación del homicidio; Cain se redime como general de ejércitos.* Una especie de anticipada absolución de quien iba a ser desde el 18 de julio de 1936 el más Cain de los generales, y a quien prestaría desde el primer momento su adhesión porque venía a salvar del marxismo a la civilización cristiana occidental. La vieja dualidad teórica de su conciencia, "marxismo-cristianismo", se iba a romper bruscamente en la hora decisiva en provecho de uno de los términos.

En esa decisiva hora, de condenas a muerte en cadena, Unamuno, el viejo "Rector socialista", condenó a muerte al primer Presidente socialista de España. Dijo en forma pública que enviaría a Azaña una copia de la histórica carta en que Balmaceda, el Presidente-suicida de Chile, explicó su resolución de matarse. Días más tarde, a fines de agosto, Azaña firmaba el decreto por el cual, después de consignarse que "el Gobierno nota con profundo pesar que D. Miguel de Unamuno ha tomado partido públicamente por la causa de los revolucionarios", se le exoneraba de los cargos de Rector y catedrático. "Con grandes elogios", al decir complacido del propio Unamuno, lo repuso la Junta de Burgos, para destituirlo nuevamente después del episodio del 12 de octubre, "sin darme explicación alguna", al también decir, esta vez dolorido, del mismo Unamuno.

Con motivo del centenario del gran vasco, ha ironizado alguien en Bilbao hace unos meses: "En este año vamos a ver a los ateos junto a los creyentes, a los totalitarios junto a los demócratas, a los sociólogos y economistas mezclados con los teólogos y los filósofos, a los que aman a España con los que no la han amado nunca. Vamos a ver, codo con codo, a luteranos y católicos, al abate que presume de modernista y al pastor que se las da de progresista y otras cosas. Van a juntar sus aplausos monárquicos y republicanos, liberales y falangistas, y algún comunista... Y, claro, así las cosas, esta conmemoración va a ser múltiple, pues cada uno conmemorará a su Unamuno..." Pero, preguntamos nosotros, ¿a qué, a quién, se debe esa posible o real multiplicidad conmemorante?